

—No sé, dijo, lo que venís á buscar aquí; solo sé que se ha hablado esta noche de cortar algunas cabezas de los diputados. Ciudadanos, añadió extendiendo la mano en actitud amenazadora; os prevengo que están seguras; no solo las cabezas de los diputados descansan sobre sus hombros, sino sobre todos los departamentos de Francia, de la república. ¿Quién se atrevería á decapitar un departamento francés? El día en que tal crimen se cometiera, se disolvería la república. Marchad, malos ciudadanos, continuó, y no volvais jamás con esas intenciones.

Los revoltosos deliberaron un momento; despues, uno de sus jefes se adelantó y aseguró su abnegacion á la república y la de sus hombres, y pidió los dejaran desfilas ante los representantes al grito de ¡Viva la nacion!

Les fué concedido.

Al pasar por delante de los bancos de la Gironda, ocupados solo por Vergniaud y por Jacobo Merey, ambos se levantaron y cruzaron los brazos en señal de reto.

Aquella noche, la noche del 10 al 11 de Marzo, la Convencion, sin ejército, ni dinero, ni fuerza moral, ni unidad para asegurar su existencia, creó ese fantasma sangriento que espanta á la Europa desde hace un siglo, y que ha hecho no se comprenda la revolucion.

¡El terror!

Se le habia invocado armado con una cuchilla contra Paris; Paris lo devolvió al mundo armado con una hacha.

El ejército, vencido, no por la lucha ni los combates, sino por la duda y el cansancio; el ejército, desmoralizado y huyendo ante el enemigo, volvió á Francia para entregar á Francia.

Vió el terror en la frontera, se detuvo é hizo frente al enemigo. Aquel ejército era lo que quedaba de la república. Nada podia enviar á Lyon, nada á Nantes.

Apenas eran suficientes los voluntarios para contener á Bélgica, que se escapaba.

Enviaron á Bélgica los voluntarios.

Collot d'Herbois á Lyon, Carrier á Nantes.

Es decir, el terror.

XXXII.

Dos hombres de Estado.

La sesion duró hasta el amanecer; Danton, estenuado de fatiga, se habia dormido en su banco, sin que nadie se ocupase en despertarle.

Se hubiera dicho que era un leon dormido á quien nadie osaba acercarse.

Jacobo Merey aguardó á que abandonaran la sala, dió un apretón de manos y se sonrió encogiéndose de hombros con Vergniaud, y despues se dirigió á Danton y le puso una sobre el brazo.

Danton se despertó bruscamente y llevó la mano á su seno, en donde guardaba un puñal.

Aquellos hombres se dormian libres, pero ignoraban si se despertarian prisioneros. Bastaron algunos momentos de reposo para devolver al coloso la fuerza y la confianza.

En cuanto á Jacobo, tenia esa fuerza de los sábios acostumbrados á luchar con el sueño.

Merey tomó el brazo de Danton y salió con él de la Convencion.

En el corredor encontraron á Marat, quien hablaba con Panis.

Al ver á Danton, se dirigió hácia él, lanzó una mirada de odio sobre Jacobo Merey, dijo algunas palabras al oido de Danton y se alejó.

—¡Uf! hizo Danton con profunda repugnancia. ¡Sangre! ¡Miserable! ¡Siempre sangre! ¡Sólo necesita sangre! Salgamos de aquí; la mayor parte de esos hombres me causan lástima ó bien horror; tengo necesidad de respirar un aire más puro.

Y condujo á Jacobo al jardin de Tullerías.

Era la mañana del 11 de Marzo; habia helado, y la tierra estaba cubierta con una delgada capa de nieve; estalactitas de hielo, en las que se reflejaba el sol radiante, pendian de los árboles, y se adivinaba que aquella capa de invierno cubria los hombros del risueño Abril.

Las palomas torcaces volaban de árbol en árbol arrullando amorosamente, haciendo caer de las ramas una lluvia de diamantes, ínterin los gorriones, ménos sensibles al frio, empezaban á reaparecer y á saltar entre las lilas y las flores.

Danton respiró fuertemente aspirando aquel aire primaveral y pareciéndole que se rejuvenecía y adquiria nueva vida.

—Hé aquí árboles, palomas y pájaros que mirarán con fatal indiferencia nuestros debates y que no conocen ni montañeses ni girondinos, ni jacobinos ni franciscanos.

—Añade ni Rosbepierre ni Marat, sin los cuales son dichosos, dijo Jacobo Merey.

—Admira, filósofo, cómo la naturaleza continúa su marcha; añadió Danton; dentro de un mes los capullos brotarán en los árboles, los pájaros se amarán, las flores se abrirán; un canto de amor resonará por la creacion, los nidos estarán suspendidos de las ramas, el pólen fecundante flotará en el aire hasta las ventanas de la Convencion y las golondrinas gorgearán con dulce cadencia.

—Ya hemos regresado para llevar á cabo la obra del Señor; la obra que, encadenando la vida con la muerte, forma la eternidad. ¿Qué haceis, reyes de la creacion, amais como nosotros?

Dos voces contestaron:

La una, como la del zorro, dijo: ¡Odio!

—¡Desconfiad, ciudadanos! Desconfiad de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestros hermanos, de vuestros amigos y de vuestros hijos. Estamos rodeados de traidores; Dumuriez nos vende; Valence nos vende; Custine nos vende; la derecha, la llanura y la Gironda nos venden; nos envuelve una cadena de traiciones y Pitt tiene un extremo; aquí veo quién tiene el otro, y los anillos de la cadena son de oro.

La otra es la de un sapo, y dice:

—¡Sangre, sangre, sangre!

—Y tendrás sangre, repuso melancólicamente Danton; cuántos de nosotros que vemos esta primavera no veremos la próxima.

—Hoy tienes siniestros presentimientos.

Danton se encogió de hombros.

—Soy como ese hombre del que habla José el historiador, que durante siete dias estuvo dando vueltas en torno de la ciudad santa, gritando: ¡Desgraciada Jerusalem! ¡Desgraciada Jerusalem! y al sétimo gritó. ¡Desgraciado de mí! Una piedra arrojada desde las murallas le habia roto la cabeza.

—Nosotros, los girondinos, somos Jerusalem, ¿no es cierto? dijo Jacobo; y tú el hombre que profetizaba.

—¡Qué quieres! Dios nos ha cegado.

—Pero si tú ves con claridad; si tú, en medio de esa multitud de insensatos conoces el camimo, por qué no te alejas de esos dos hombres, Marat, que deshonrra la política, y Robespierre, que acaba con tu popularidad, la que una vez gastada amenaza tu vida?

—¡Qué quieres! contestó Danton con indiferencia; la primavera vuelve, no soy un leproso como Marat, ni un hipócrita como Robespierre; soy un hombre de carne y hueso, y deseo vivir lo que me reste.

—Danton, ten cuidado en la situacion en que se encuentra la Francia, en la situacion de la república; con el puesto que ocupas en la Convencion; esa indiferencia, ese desaliento es un crimen. ¿No ves que la nave por tener muchos pilotos no cuenta con ninguno? No dejes que tome el timon ni un hipócrita ni un loco; empuña con tu mano poderosa las riendas del gobierno; pon freno al populacho; anima al público; dirige la Asamblea; aplasta como si fueran reptiles venenosos á Marat y á Robespierre. Solo tú puedes hacer en la Convencion lo que quieras. Sé el hombre que te digo; apoya con tu fuerza á los débiles de la Asamblea, pero honrados; olvidaremos el pasado y te seguiremos; tu ambicion será la salvacion de la patria.

Danton fijó sus ojos en los de Merey, y como si quisiera leer en el fondo de su alma,

—¿En nombre de quién me hablas? le preguntó.

—En nombre de aquellos, contestó el girondino, que desprecian á Marat y que detestan á Robespierre.

—Mas bien en el de tu interés político, y si no, por el instinto de conservacion. Robespierre ha pronunciado contra tí siniestras palabras, y si no te adelantas, te alcanzará.

—¿Estás encargado de una orden?

—No, pero estoy pronto á aceptar una tuya, y tú me responderías de tus girondinos.

—No respondo más que de una cosa, del deseo de tenerte por jefe. Te conceptúo á la vez hombre para derribar y para construir.

—Tú lo crees porque hace tiempo que me conoces, pero tus amigos no tienen confianza en mí: me perderé por ellos, y despoblado, me entregarán á mis enemigos. No: *jalea jacta est!* que decida la muerte.

—¡Danton!...

—Entre vosotros y yo hay un abismo insondable, la sangre de Setiembre, aunque no fui yo quien la hizo derramar. Un dia que tenga tiempo te referiré esto; entre tanto escucha, Merey: te quiero hacer mucho tiempo: tú has hecho por mí últimamente todo lo que podria haber hecho un amigo, un hermano. Pues bien, ínterin valgo algo, pídemelo lo que quieras.

Jacobo miró á Danton.

—¿Qué quieres que te pida? Soy un sábio, y más rico de lo que son generalmente los sábios. Poseo en Champaña y más allá del Argonne bienes considerables, y si quisiera ejercer mi profesion ganaria montes de oro. Me he hecho nombrar diputado, ó más bien me han nombrado diputado á pesar mio. He aceptado por odio á privilegios que deseaba combatir. He votado por la prision perpétua en la causa de Luis XVI, porque siendo médico no podia votar la muerte; pero despues mi voto ha precedido siempre á los más ardientes de la nacion; ¿qué quieres hacer por mí? No deseo nada, y lo que he perdido no puedes devolvérmelo tú.

—¿Quién sabe? Reflexiona; mañana tal vez nos alejarán uno del otro las tempestades de la tribuna. Pídemelo lo que quieras y con asombro tuyo podré servirte segun desees.

—¡Oh! Es una historia muy larga, contestó Jacobo.

—Escucha, continuó Danton; he comprado y amueblado en las colinas de Sevres una casa de campo. Subamos á un carruaje y vienes á almorzar conmigo. Nadie te espera, no necesitas volver á tu casa.

—¡Al contrario, cuanto más tarde en volver, más me lo agradecerán los que están allí!

—Pues bien; justamente hé aquí un carruaje; ven, subamos y me contarás tu historia durante el camino.

Ambos subieron en el carruaje.

—A Sevres; dijo Danton.

El carruaje partió.

Entonces Jacobo Merey, que desde hacia seis meses tenia oprimido el corazon, contó su historia á Danton, y con gran admiracion suya, aquel hombre de bronce le escuchó sin perder una sílaba y reflejándose en su semblante las emociones de su corazon.

Por último, Jacobo llegó al verdadero objeto de su confidencia. Cuando le refirió la fuga, ó más bien el rapto de Eva, por la señorita de Charelet; cuando le dijo que en Maguncia habia perdido sus huellas y que no habia podido seguir las hasta el centro de Alemania, le preguntó vacilando, pregunta difícil, porque tocaba á la acusacion de traicion suspendida siempre sobre la cabeza de Danton por Robespierre:

—Tú que tantas relaciones tienes en el extranjero, ¿no podrias decirme en donde está?

Danton le miró sin pestañear.

—Allí está mi vida, repuso Jacobo Merey; y si pierdo la esperanza de encontrarla, no creyendo en nada, y cuando Francia no tenga necesidad de mí, me suicidaré.

Y estrechó la mano de Jorge.

Habian llegado á la puerta de la casa de campo.

El carruaje se detuvo, bajaron los dos hombres sin decir una palabra y subieron hasta un comedor lindísimo, situado en el primer piso. En la chimenea ardia un buen fuego y la mesa estaba servida con varios cubiertos.

—¿Esperas gente para almorzar? preguntó Jacobo.

—No; pero rara vez vuelvo solo; mi criado lo sabe y siempre está todo preparado.

Después se acercó á la ventana mientras se calentaba los pies Jacobo, y apoyó su ardorosa frente contra los cristales, permaneciendo inmóvil.

Merey comprendió que aguardaba alguna aparición.

Pocos minutos después hizo Danton un movimiento, y volviendo la cabeza dijo:

—Ven y verás.

—¿Qué?

—¡Mira!

Y acercó la cabeza de Merey al cristal más cercano de aquel por el cual miraba.

Jacobo vió al otro lado del jardín, que tendría treinta ó cuarenta pasos de largo, asomada á una ventana, una cabecita rubia, medio oculta entre lo que entonces se llamaba paletina.

Podría tener diez y seis años.!

—¿Qué te parece? preguntó Danton.

—Es una criatura encantadora; contestó Merey.

—¿Se parece á tu Eva?

—Todas las mujeres rubias se parecen, exceptuando para aquel que ama.

—Déjame abrir la ventana y hablar con ella un instante.

—¿La conoces?

—Sí.

—¿Y hablas con ella?

—Sin duda; es preciso que se vaya acostumbrando á mi fealdad.

—¿Y después?

—La haré mi esposa.

—¿Tu esposa? exclamó el doctor estupefacto: si apenas hace ocho días que ha muerto la primera.

—Sí, pero estaba convenido con la bondadosa criatura que he perdido. Luisa Gely ha sido ahijada suya y me la designó para que sirviera de madre á sus hijos.

Danton abrió la ventana.

Jacobo Merey se retiró.

Entonces aquel á quien se llamaba sanguinario entabló un idilio de Gesner con la jóven, la habló de la primavera, del amor, de las flores, de la vida tranquila, de la felicidad conyugal: se tornó jóven, tierno, enamorado, poético. Jacobo, con la cabeza apoyada en su mano, miraba y escuchaba con asombro. Comprendía la fascinación de aquel hombre sobre la mujer, como la de la serpiente sobre el pájaro. Danton fué el primero que se manifestó cuidadoso por la temperatura demasiado fresca y por el cierzo helado que subía desde el Gena hasta la cima de las colinas, temiendo pudiera perjudicar á la jóven. Dejó cerrar la ventana de Luisa, y Danton, radiante, cerró la suya.

Con la punta de los dedos Luisa le había mandado un beso.

—Ciertamente me confundo contigo, dijo Jacobo viéndole cerrar la ventana, pedir el almuerzo y sentarse á la mesa.

—¿Por qué, preguntó el tribuno, por qué delante de tí, filósofo y médico, soy hombre? ¿Qué te dije esta mañana? Que probablemente no verías las flores del 94 ni yo las del 95. Pues hasta entonces deseo vivir.

—¿De modo que piensas te amaré esa jóven?

—¿Acaso lo sé? He hecho grandes servicios á la familia: el padre era portero de estrados en el Parlamento: le he conseguido un destino lucrativo en el ministerio de Marina. Ya le han hablado algo de matrimonio; el padre es realista, la madre es beata. Ayer les hice una visita: el padre me ha reprochado Setiembre y la madre me dijo que el hombre que se casara con su hija cumpliría antes con los deberes religiosos.

—¿Y lo harás?

—Haré todo lo que quieran para ver cumplidos mis deseos. Soy el tribuno de la libertad, pero soy el esclavo de la naturaleza. En todo esto hay una intriga inventada por la santa criatura que ha muerto y que era realista: volviéndome á casar con una jóven realista, cree que desde la profundidad de la tumba me aparta de la revolución y da un defensor á la viuda y al huérfano del Temple.

—¿Piensas en semejantes utopias?

—Yo, añadió Danton encogiéndose de hombros, no pienso en nada; el niño del Temple, Igualdad, Chartres, Monsieur, el hermano del rey, como ellos le nombran, todos ellos, ¿no están heridos de muerte? Lo que deseo es doblar mis días con mis noches: en la noche encarnizarme con el amor; en el día, con la lucha y los combates: luchar, estenuarme, matarme, si es posible, antes que ellos me maten. ¿No me llaman el Mirabeau del 93?

Y al hablar de aquel modo, Danton devoraba viandas medio crudas y bebía á proporcion. Para sustentar aquella naturaleza terrible era preciso comida como para un león.

El almuerzo concluyó.

—¿Vuelves á Paris? le preguntó Jacobo.

—A fé mia, no, contestó Danton; estoy cansado y permaneceré aquí todo el día: me repondré un poco con la vista y tal vez con la palabra. Es la primera vez que me ha hecho una caricia la casta niña: voy á devolverle el beso que me envió hace un rato.

—¿Entonces puedo llevarme el simón?

—Desde luego, á no ser que prefieras quedarte conmigo.

—No: me precisa devolver la libertad á las dos tórtolas asustadas por la voz de mi amigo Danton.

—¡Bueno! Apuesto que son Louvet y Lodoiska.

—Justamente, contestó riendo Jacobo.

—Si puedo salvarlos lo haré, dijo Danton; se aman demasiado.

—¿Y si no puedes salvarlos? preguntó el doctor.

—Trataré de que mueran juntos.

Jacobo tendió la mano á Danton, quien la estrechó cordialmente y la contuvo cuando quiso retirarla.

—Jacobo, repuso, ¿fué en Majuncia en donde perdiste las huellas de Eva y de su tia la canonesa?

—Sí.

—Pues bien, tranquilízate, las encontraré; no te digo cómo ni por dónde recibirás noticias suyas.

Jacobo lanzó un grito y se arrojó en los brazos de Danton.

—¡Vaya, exclamó Danton, ya ves que tú también eres hombre!

Traicion de Dumuriez.

En la célebre sesion de la Convencion que hemos presentado al lector, habia dicho Robespierre las siguientes palabras:

—No respondo de Dumuriez, pero tengo confianza en él.

Si otra vez nos ocupamos de Dumuriez, es porque la suerte de los girondinos estaba ligada con la suya, y la de nuestro héroe Jacobo Merey unida á la de los girondinos.

Ciertamente hubiéramos podido pasar más rápidamente sobre los acontecimientos de aquella época terrible. ¿Pero quién es el hombre esforzado que con la pluma en la mano y tocando á los años 92 y 93, dos abismos, no siente el deseo de narrarlos?

Tal vez hubiera valido más para el interés de nuestro libro reconciliar los dos partidos y no escribir sino estas palabras:

«Nombrado Jacobo Merey diputado por la Convencion, adoptó el partido de los girondinos, y vencido como ellos, se vió proscrito con ellos.»

Pero cuanto más adelantamos en edad y más entramos en el terreno de la política y el arte, nos convencemos más que en días de lucha como los que atravesamos, y mientras que no sean la religion del mundo los principios proclamados por nuestros padres, cada cual debe ayudar á la rehabilitacion de esos hombres calumniados por los idilios realistas, por esa miel de *belladona* y de *acónito*, dulce para los lábios, mortal para la inteligencia y para el corazon.

Volvamos á Dumuriez y libremos, á la Montaña en la persona de Danton y á la Gironda en la de Guadet y de Gensonné, de toda complicidad con el traidor que ni aun tuvo el pretexto de la ingratitud del país para disculpar la traicion.